

principalmente de sectores de opinión supuestamente progresistas que creyeron candorosamente en los regímenes totalitarios del Este o en los regímenes autoritarios populistas, incluido el peronismo clásico, por lo que no parecen ser los más indicados para señalar las tentaciones del alfonsinismo y del menemismo que, a pesar de sus inconsecuencias, respetan las reglas del juego democrático y las libertades civiles, y aseguran una libertad de expresión como nunca conociera la Argentina del siglo XX, y menos aún los sistemas de los que fueron admiradores sus críticos.

Las similitudes en el terreno económico entre el alfonsinismo y el menemismo son también notables. Si los primeros años —etapa Grinspun— fueron una prolongación de la economía cerrada, inflacionista, mercadointernista que había mostrado hasta el hartazgo su obsolescencia, ya a partir de 1985 la crisis era inocultable, y el gobierno dio señales de un cambio con el anuncio de la «economía de guerra», el Plan Austral y el discurso de Parque Norte, donde se hablaba de modernización, de reforma del Estado y se atacaba al empresariado prebendista. El triunfo del radicalismo en las elecciones de noviembre de 1985 —las últimas antes que comenzara la debacle— se debió antes que nada a las expectativas que el plan económico suscitó en una ciudadanía aterrorizada por el récord mundial de diez años de megainflación.

El plan económico de Sourrouille no era al fin sino el borrador, el preámbulo, el preanuncio del plan implementado por Cavallo que, a su vez, brindaría al gobierno menemista los triunfos electorales del 91 y el 93 por una ciudadanía más aterrorizada aún después de haber pasado por las inolvidables experiencias de los picos hiperinflacionarios entre el 89 y el 91.

Cabe recordar que dos meses después de las elecciones de noviembre de 1985, donde el plan económico había sido plebiscitado por la mayoría, la CGT de Ubalini lanzaba una huelga general con la cual, en nombre de una supuesta mayoría, pretendía forzar al gobierno a un cambio total de la orientación económica. El Plan Austral entonces, como el Plan Cavallo ahora, era nombrado por la oposición como el Plan de Hambre, como entrega del patrimonio nacional, causante de la desocupación y la marginación. Por una de esas ironías en que es tan rica la historia, el peronismo ayer acusaba al gobierno radical por los mismos males de los que sería

acusado después por el radicalismo, hasta con las mismas palabras, en una sustitución de papeles que parece sacada de un cuento de Borges. No debe asombrar por esto que Ubalini termine abrazándose con Alfonsín y proclamando que éste es «el único peronista»...

Cambiando tan sólo los actores, se acusa al gobierno, ayer y hoy, de insensibilidad social ante la situación de los jubilados, los maestros, la infancia desvalida, los enfermos sin protección. El gobierno de Alfonsín, como hoy el de Menem, contestaba que la única manera de luchar contra la miseria es combatir la inflación.

El intento inédito del gobierno de Alfonsín por cambiar las estructuras económicas fracasó por variadas razones: un capitalismo que prefirió la especulación a la producción, empresarios prebendistas que no estaban dispuestos a perder sus privilegios, la salvaje oposición parlamentaria, el incesante hostigamiento de la CGT. Pero el plan económico también fracasó por las contradicciones internas del propio partido gobernante: los dirigentes radicales de viejo cuño consideraban al Plan Austral y al equipo económico como «defección pragmática programática». En tanto algunos de sus más prestigiosos intelectuales, así como la juventud radical, seguían repitiendo el viejo discurso «nacional y popular» sin advertir que se habían equivocado de partido, en momentos en que Caputo trataba de mejorar las relaciones con Estados Unidos y Sourrouille negociaba con el FMI. Finalmente, el plan económico fracasó porque el propio presidente no estaba demasiado convencido de la necesidad de reformas drásticas, o por lo menos no estaba dispuesto a soportar el costo social y político que dichas reformas imponían si eran llevadas hasta las últimas consecuencias.

Prefirió sacrificar lo económico a lo político, sin advertir que ambos estaban indisolublemente unidos, y que precisamente el abandono de lo económico lo llevaría al fracaso político.

De todas maneras, debe reconocerse que el irrealizado proyecto de reformas del gobierno radical en su segunda etapa, con el tímido intento de privatizaciones de Terragno y con el nuevo lenguaje que Juan Carlos Portantiero y Pablo Giussani pusieron en boca de Alfonsín, contribuyeron a formar una mentalidad distinta, desprendida de los anacrónicos esquemas del Estado nacional como principal sujeto, y del imperialismo como causa de to-

dos los males, y permitieron que el plan Menem-Cavallo pudiera lanzarse sin provocar estupor.

Por eso no es más que retórica la diatriba de Alfonsín, en su papel de opositor, contra el neoliberalismo conservador de Menem, cuando el último Sourrouille, las promesas electorales de Angeloz y las declaraciones del principal economista radical, Ricardo López Murphy (Universidad de Chicago) son de un liberalismo tanto o más ortodoxo que el de Cavallo. Los técnicos son más francos que los políticos en el reconocimiento del rival: Jouncourt dice que Alfonsín fue el teórico, y Menem, el practicante. Menem no disponía ya de ningún margen de manobra y no le quedaba otro remedio que encarar el cambio irreversible con la intrepidez que inspira la desesperación.

La mayor dificultad de la modernización reside en que la racionalidad y eficiencia económica —inflación cero, presupuesto equilibrado, reserva de divisas, recaudación impositiva— no sólo no inciden a corto plazo en mejores condiciones de vida para las mayorías, sino que por el contrario producen inevitablemente desocupación y marginalidad, lo que constituye un peligro para la democratización.

El neofascismo de Aldo Rico parece destinado a convertirse en portavoz de algunos sectores marginados por el nuevo modelo económico —clase media baja y lumpen—, ocupando el lugar que pretendieron en su momento los ya gastados Ubaldini o Zamora.

La transición habrá de ser inevitablemente dolorosa y conflictiva, porque todavía no se ha encontrado en ninguna parte una alternativa creíble y viable que permita combinar racionalidad económica con justicia, modernización con bienestar, algo que efímeramente había logrado el keynesianismo.

No debe olvidarse que muchas de las características que parecen propias de nuestro país, o de toda América latina, se dan con rasgos similares en las sociedades avanzadas. El mundo que hoy más que nunca es uno solo, se ha vuelto tan complicado —como consecuencia de la revolución científico-técnica—, que el político profesional, educado en el comité y preocupado por las luchas internas y las elecciones, y sin la menor idoneidad en tecnología, en economía, en informática, está incapacitado para dirigir un país y debe depender insoslayablemente de un equipo de técnicos. ¡Qué hubiera sido de

Alfonsín sin Sourrouille, de Menem sin Cavallo! De ahí el predominio del ejecutivo más eficaz que el legislativo para las urgentes decisiones de los técnicos, aquí no menos que en sociedades de historias tan distintas como Francia o Rusia. Como consecuencia se da el desprestigio, aquí y en cualquier parte, de los políticos profesionales que son vistos por la opinión pública como *amateurs*, como aficionados, frívolos, corruptos e ineficientes; por eso da lo mismo que se ponga al frente un doctor, un cantor o un deportista, que al fin no son más improvisados que el propio político.

La concepción organicista a que son proclives los dos partidos mayoritarios, la consideración del Pueblo como una entidad única, como una esencia eterna y poseedora, por definición, de la verdad, parece haberse quebrado porque las mayorías se han mostrado tornadizas y fluctuantes, y con sus cambios y arrepentimientos señalan, aunque todavía no conscientemente, que admiten equivocarse, que se rectifican y buscan alternativas. El delirio de unanimidad, el mito de la unión nacional, se han disgregado en una pluralidad de movimientos sociales apartidarios y movilizados tan sólo por reivindicaciones particulares.

Se ha puesto hoy de moda lamentarse por el egoísmo individualista, el indiferentismo, el escepticismo y el pragmatismo en que ha caído la sociedad actual. Pero estas jeremiadas no son sino nostalgia por un paraíso perdido que no fue, en realidad, sino un infierno. Lo que se ha perdido no es otra cosa que los totalitarismos y los autoritarismos —tanto en su forma fascista o estalinista o en la populista, que combinaba las dos anteriores—. La indiferencia por los grandes ideales de los años épicos constituye una bocanada de aire fresco, el descontento es al fin saludable frente al ciego fanatismo.

Ni el vaticinio apocalíptico ni el optimismo ingenuo resultan adecuados para pronosticar el desenlace histórico de un país y un mundo que están en transición, de un proceso en curso cuyo rasgo predominante es la inestabilidad. El porvenir no está determinado, y frente a él sólo cabe la incertidumbre.

Juan José Sebreli

Carta de Colombia

Los 70 años de Maqroll el Gaviero

La primera alusión a la figura de Maqroll el Gaviero, en la poesía de Álvaro Mutis (1923), es indirecta. Una oración que se le atribuye, en la cual ya pide «la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del firmamento». Mutis tenía entonces treinta años y el libro que la incluye se titula *Los elementos del desastre* (1953).

Desde entonces, y durante cuarenta años, el Gaviero resurge con inquebrantable fidelidad a todo lo largo de su obra poética: *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988* (Madrid, Visor, 1992). Más aún, a pesar de su carácter elusivo y su silueta no dibujada del todo, es él la auténtica razón de ser de esta poesía, tan poco dispuesta al patetismo sentimental y a las revelaciones autobiográficas. Lo que de verdad Mutis quiso decir lo dijo a través de Maqroll.

Cuando Mutis habla de Maqroll, su escritura se hace más justa e intensa y sus textos adquieren el carácter cerrado de una imagen imborrable.

Al lado de Maqroll sus otros poemas —hablen de Proust o de los viajes del Capitán Cook, del Príncipe de Viana, o de Puhskin— se sostienen dentro de una intención afín: todos son elegías para figuras entrañables. Las prosas dedicadas a Maqroll, por más parciales que parezcan y

anuncien, todas ellas, de algún modo, su disolución, continúan abiertas. Las llenamos con nuestras expectativas de lector. Queremos saber más acerca de esa presencia deliberadamente marginal. Se ve a sí mismo desdibujado en los bordes y se sitúa, de lleno, en una procelosa y ambigua zona de la escala social.

Cuando Maqroll aparece, por fin, de modo más amplio, es en 1959, en la *Memoria de los hospitales de ultramar*. El destino, irónico siempre, le había concedido todo cuanto pidió en su oración inicial y ahora lo encontramos herido y rememorante:

Curaba el Gaviero sus heridas recibidas en la calle de los burdeles del puerto cuando, en plena ebriedad, insistió en contraer matrimonio con una negra madura y sonriente que exhibía sus grandes senos a la entrada del templo, con una expresión alelada y ausente.

Saltando al río y refugiándose en el remolcador que partía, logró librarse de los airados feligreses. Sin embargo, un cuchillo le había entrado en el vientre dos veces y un brazo se le había dislocado por completo al rodar por las escalinatas del templo.

Gracias a esa *Memoria de los hospitales* sabemos algo de ese viajero solitario, de ese lúcido analista de sus propios males, que en un socavón, una cascada o un tren abandonado, recrea su peripecia humana siempre en contrapunto con una naturaleza tropical, de tierra caliente, propicia al desorden placentero de los sentidos, o astringente, en la frialdad de los páramos. Pero aún no lo vemos. Está allí, pero su perfil no termina por asomar del todo.

Esto sólo sucede en 1981 en un libro titulado *Caravansary* y, más concretamente, en un poema llamado «La nieve del Almirante». Allí asoma, íntegro, el singular personaje, no en las fantasmagorías de su mente, incentivadas por la fiebre malaria, sino con toda la cáscara corporal que envuelve ese manojo de sueños. Es la primera instantánea de una criatura que ya andaba sola. O, por lo menos, cojeaba, con la vencida dignidad de los perdedores:

Al tendero se le conocía como el Gaviero y se ignoraban por completo su origen y su pasado. La barba hirsuta y entrecana le cubría buena parte del rostro. Caminaba apoyado en una muleta improvisada con tallos de recio bambú. En la pierna derecha le supuraba continuamente una llaga fétida e irisada de la que nunca hacía caso. Iba y venía atendiendo a los clientes al ritmo regular y recio de la muleta que golpeaba en los tabloncillos del piso con un sordo retumbar que se perdía en la desolación de las parameras. Era de pocas palabras, el hombre.

La entrañable ironía con que se cierra esta descripción muestra hasta qué punto Mutis ha convivido con